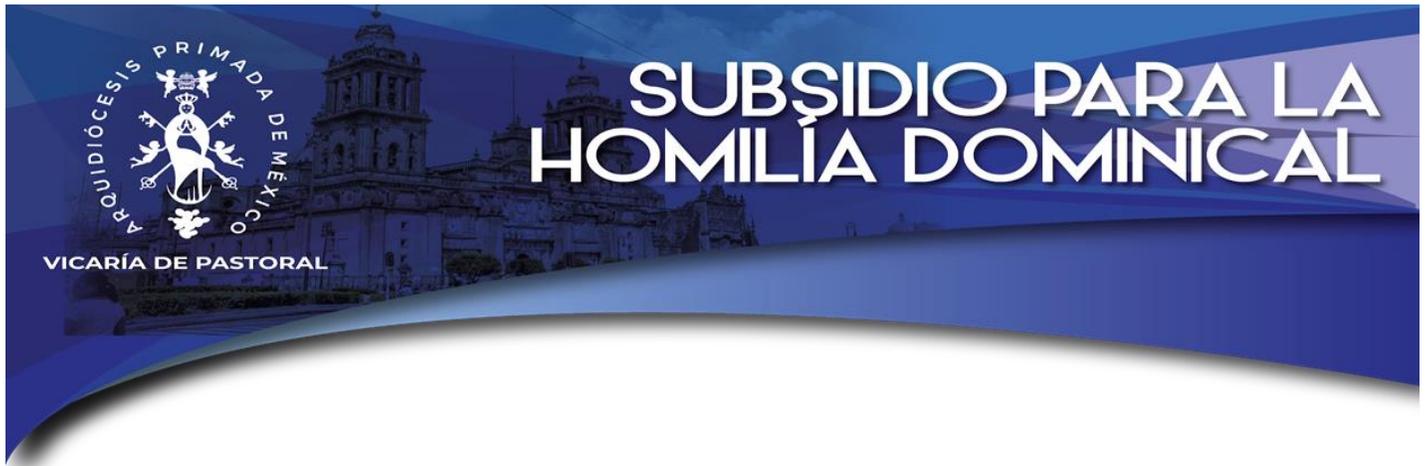


23 de octubre de 2022
Domingo Mundial de las Misiones Ciclo C



LECTURAS

Sirácide (Eclesiástico) 35,15-17.20-22: El Señor es un juez que no se deja impresionar por apariencias. No menosprecia a nadie por ser pobre y escucha las súplicas del oprimido. No desoye los gritos angustiosos del huérfano ni las quejas insistentes de la viuda. Quien sirve a Dios con todo su corazón es oído y su plegaria llega hasta el cielo. La oración del humilde atraviesa las nubes, y mientras él no obtiene lo que pide, permanece sin descanso y no desiste, hasta que el Altísimo lo atiende y el justo juez le hace justicia.

Salmo 33: Bendeciré al Señor a todas horas, no cesará mi boca de alabarlo. Yo me siento orgulloso del Señor, que se alegre su pueblo al escuchado. En contra del malvado está el Señor, para borrar de la tierra su recuerdo. Escucha, en cambio, al hombre justo y lo libra de todas sus congojas. El Señor no está lejos de sus fieles y levanta a las almas abatidas. Salva el Señor la vida de sus siervos. No morirán quienes en él esperan.

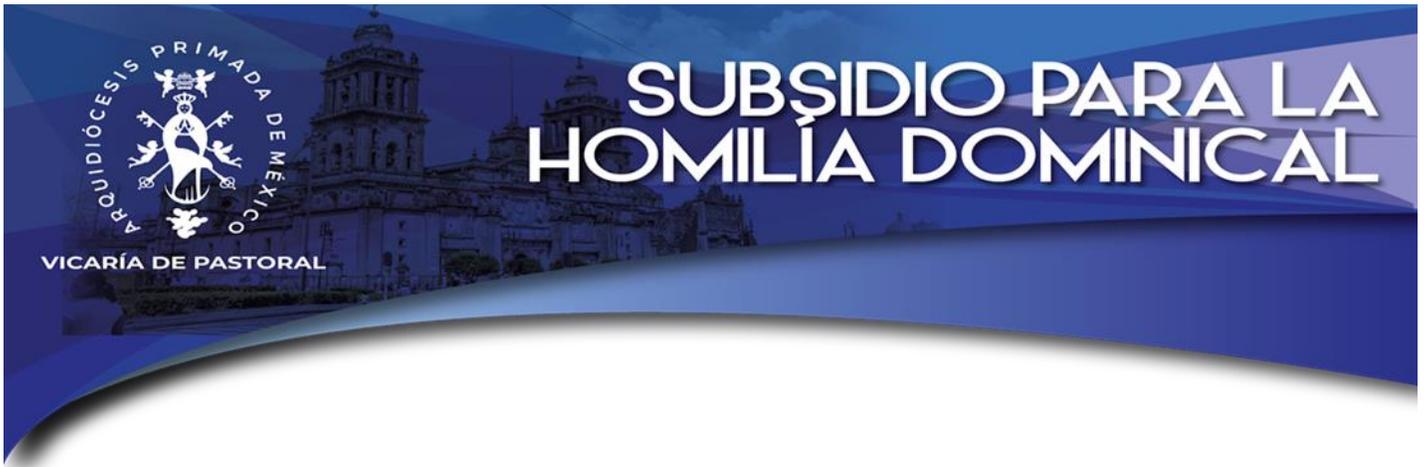
Romanos 10,9-18: Hermanos: Basta que cada uno declare con su boca que Jesús es el Señor y que crea en su corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, para que pueda salvarse. En efecto, hay que creer con el corazón para alcanzar la santidad y declarar con la boca para alcanzar la salvación. Por eso dice la Escritura: Ninguno que crea en él quedará defraudado, porque no existe diferencia entre judío y no judío, ya que uno mismo es el Señor de todos, espléndido con todos los que lo invocan, pues todo el que invoque al Señor como a su Dios, será salvado por él. Ahora bien, ¿cómo van a invocar al Señor, si no creen en él? ¿Y cómo van a creer en él, si no han oído hablar de él? ¿Y cómo van a



oír hablar de él, si no hay nadie que se lo anuncie? ¿Y cómo va a haber quienes lo anuncien, si no son enviados? Por eso dice la Escritura: ¡Qué hermoso es ver correr sobre los montes al mensajero que trae buenas noticias! Sin embargo, no todos han creído en el Evangelio. Ya lo dijo Isaías: Señor, ¿quién ha creído en nuestra predicación? Por lo tanto, la fe viene de la predicación y la predicación consiste en anunciar la palabra de Cristo. Entonces yo pregunto: ¿Acaso no habrán oído la predicación? ¡Claro que la han oído!, pues la Escritura dice: La voz de los mensajeros ha resonado en todo el mundo y sus palabras han llegado hasta el último rincón de la tierra.

Lucas 18,9-14: En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola sobre algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás: "Dos hombres subieron al templo para orar: uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: 'Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos y adúlteros; tampoco soy como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas mis ganancias'. El publicano, en cambio, se quedó lejos y no se atrevía a levantar los ojos al cielo. Lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo: 'Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador'. Pues bien, yo les aseguro que éste bajó a su casa justificado y aquél no; porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

DE LO NECESARIO QUE ES SENTIR DOLOR POR NUESTRO PECADO

«No resulta nada fácil conocernos a nosotros mismos. El famoso dicho griego, popularizado en latín, *gnosce te ipsum*, “conócete a ti mismo”, sigue siendo un desafío para toda psicología sana, sobre todo, por la dificultad que representa captar la verdad más profunda del propio ser, más allá de las imágenes que solemos proyectar hacia los demás y de las percepciones que los demás se hacen de nosotros y que contribuyen a confundirnos más en lo que se refiere a vernos tal como somos.

Jesús pone un ejemplo de confusión y uno de claridad sobre este tema. Un publicano era, en su época, un ser despreciable, un traidor que se había enriquecido a costa de los demás, un vendepatrias que se había vuelto impuro respecto a la ley judía por doble motivo: por dedicarse al dinero y por colaborar con el imperio en la recaudación fiscal. Un fariseo, en cambio, era una persona sumamente respetable, un ejemplo de virtud para todos, un modelo de vida israelita. Pero ¿cómo era en realidad cada uno, en el fondo de su ser, más allá de los prejuicios sociales que los encasillaban en categorías aparentemente invencibles?

Para alcanzar la verdad sobre cada uno el camino que hay que evitar inmediatamente es el que lleva a compararse con los demás. Es el camino que escoge, precisamente, el fariseo del ejemplo puesto por Jesús. No solo se pone en el escenario con actitud arrogante (erguido, con la frente en alto, orgulloso), sino que apoya su confianza en la comparación con los demás, sobre todo, con el publicano: “No soy como ese publicano”.



La presencia del publicano sirve a su propia autoexaltación. Comparándose con él, cree poder saborear el gusto de la superioridad. La comparación con los demás es engañosa porque siempre será posible encontrar a alguien que nos haga sentir la ilusión de ser mejores, de ser superiores. Por esta vía nunca llegaremos a la verdad. La culpa de los otros puede aligerar nuestra culpa, la mediocridad de los demás puede hacernos sentir perfectos: "Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres...". Muchos "católicos practicantes" caben en este molde. Sienten que son, en una u otra medida, mejores que los que nunca van a misa y creen que esto solo los justifica y garantiza frente al juicio de Dios. Nuestros templos están llenos de esos "buenitos" que, si bien saben que deben mejorar constantemente, pues lo oyen decir al sacerdote desde el púlpito cada domingo, no creen que dicho cambio deba ser algo radical. Ese está reservado para los grandes pecadores que nunca se paran por la iglesia. Ellos, los observantes, están allí, fielmente, para ser justificados, no por Dios, sino por la Iglesia. Después de todo, allí está el confesionario para descargar la conciencia y recibir el "pase automático" para colocarse en la fila de la comunión. ¡Hasta ese extremo hemos abaratado la gracia!

Uno no se puede, pues, confrontar con los demás para conocerse en verdad, sino con Dios, porque Jesús ha dicho: "Sean perfectos como perfecto es el Padre de ustedes que está en los cielos" (Mt 5,48). Evidentemente, la comparación con el Padre siempre arrojará saldo negativo, siempre dejará ver las enormes diferencias, lo mucho que nos falta, no en la línea del poder, en la que nunca podríamos siquiera asemejárnosle, sino en la del amor, que es el único espacio que nos ha dejado para imitarlo. Y el lugar ideal para que esta confrontación se lleve a cabo es la oración. Allí callan todas las otras voces, se anulan todos los prejuicios y desaparecen las apariencias: se está a la luz de Dios, expuestos a su verdad. ¿Por qué muchas personas no oran jamás? Quizás porque tienen miedo de encontrarse con su imagen secreta, profunda, mucho más desagradable probablemente que la imagen reconocida por los hombres.

Sin embargo, no basta con orar para obtener claridad sobre el propio ser. Depende de cómo se ora. Si nos limitamos a hablar, no cambia nada. El fariseo de nuestra parábola habla a Dios: es él el actor principal y Dios viene reducido a comparsa de su propia autocomplacencia. Tiene necesidad de Dios solo para que forme parte de su público. Y esta actitud lo mantiene en su ceguera. La oración es una trampa que lo autojustifica y lo inmoviliza. Podemos pasar horas enteras delante de Dios, pero si nos limitamos a hablar y no tenemos el coraje de escuchar, no lograremos avance alguno en el camino del autoconocimiento. Y, lo que es peor, utilizaremos a Dios para confirmar la imagen que nos hemos hecho de nosotros mismos. Es una trampa de la que no podremos salir.

La verdadera oración, en cambio, está hecha de silencio y de escucha. Esa actitud nos lleva a un valiosísimo descubrimiento, que es el que hace el publicano de nuestra parábola: el descubrimiento de que somos pecadores. Por mucho que cueste a la mayoría de los hombres este calificativo como la mejor descripción de su ser, no existe una revelación más importante que esta para emprender una espiritualidad sana. Y no es



necesario pensar en este o en aquel pecado: nosotros *estamos* en el pecado, *somos* pecado. Esa es nuestra condición ontológica, la verdad más honda de nuestro ser. Entre nosotros y Dios existe un abismo infinito imposible de salvar con nuestro esfuerzo; entre su santidad y nuestra miseria existe tal distancia que, si fuéramos realmente conscientes de ella, nos haría imposible levantar siquiera los ojos: "El publicano, en cambio, se quedó lejos y no se atrevía siquiera a levantar los ojos al cielo...".

La consciencia de que somos pecado en la raíz más profunda de nuestro ser, en lugar de arrojarnos a la desesperación y a la dejadez, propicia nuestra confianza. Sabemos que nos ama, que él ha venido no por los justos sino, precisamente, por los pecadores, que no son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos. Dios solo necesita de nosotros este básico reconocimiento para devolvernos la paz y para reconstruirnos, mediante la gracia, como hijos suyos: "yo les aseguro que este bajó a su casa justificado". Dios no se complace con nuestra opresión, con nuestros sentimientos de fracaso, pero quiere que reconozcamos, por un lado, nuestra insuficiencia radical para poder construir nuestra vida y, por el otro, el mal que hemos hecho, aun el que nos parezca más insignificante, así como el bien que hemos dejado de hacer. Y no hay nadie que pueda en estos dos campos sentirse justo delante de Dios.

Frente a las obras de estricto cumplimiento de las normas religiosas del fariseo: "ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas mis ganancias", queda el enorme vacío del publicano: "lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo: Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador". Dios no tiene necesidad de nuestras obras, sino de nuestro vacío. Solo así Él puede colmarnos de su riqueza y lograr que nazcan de nuestro corazón las únicas obras que le agradan, las del amor, que son más suyas que nuestras, aunque las hayamos hecho nosotros. Lo que mueve a Dios a compasión es el reconocimiento de que somos pecadores. ¿Se fijó, amable lector, en lo que dije? Solo eso mueve a Dios. Nosotros podemos mover a Dios, lo que significa el más grande poder otorgado al ser humano. Lo único que tenemos que hacer es reconocer nuestro pecado. Lo dice bellamente el profeta Jeremías: "*Vuelve, Israel, apóstata, dice el Señor; no estará airado mi semblante contra vosotros, porque soy piadoso, dice el Señor. No guardo rencor para siempre. Tan solo reconoce tu culpa, pues has sido infiel al Señor tu Dios*" (Jr 3,12-13)".

Es este, sin embargo, el más grande obstáculo para la espiritualidad de nuestro tiempo. Los hombres de hoy no se sienten especialmente pecadores. El concepto mismo del pecado les parece obsoleto, o, en el peor de los casos, un simple instrumento de manipulación de la Iglesia sobre las conciencias. Esta pérdida del sentido del pecado es la más grande traba en el camino de la conversión. Lo había ya visto con particular agudeza el papa Pío XII en 1946: "el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado"¹. Y lo recordó también el papa Juan Pablo II: "¿Tenemos una idea justa de la conciencia? ¿No

¹ Radiomensaje al Congreso Eucarístico Nacional de Estados Unidos en Boston.



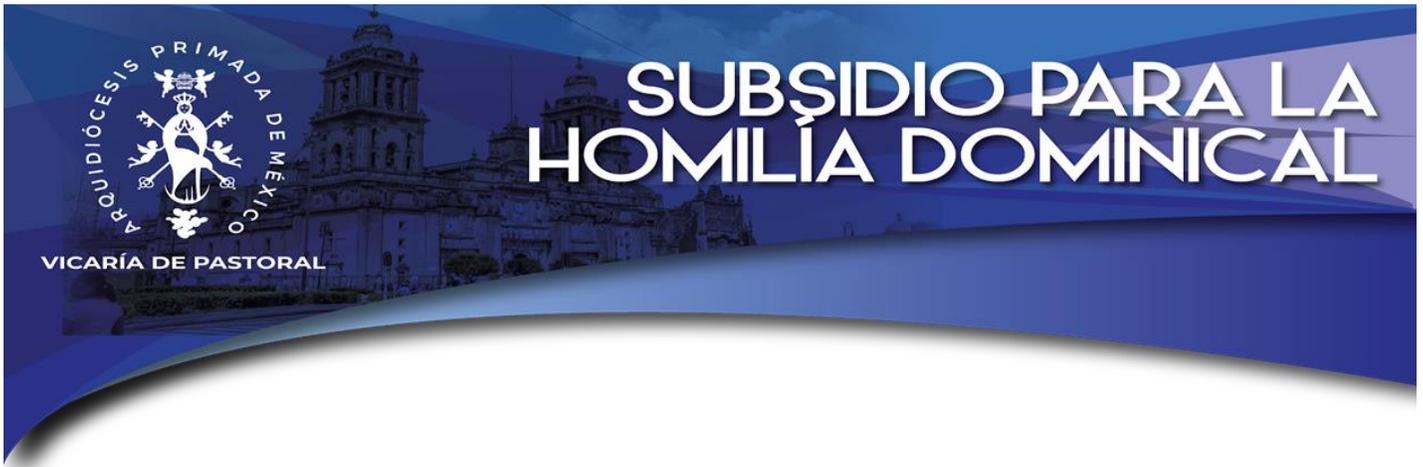
vive el hombre contemporáneo bajo la amenaza de un eclipse de la conciencia, de una deformación de la conciencia, de un entorpecimiento o de una "anestesia" de la conciencia?"². Esta "anestesia" de la conciencia de la que habla el papa, es particularmente aguda en nuestro tiempo. Nos hemos vuelto permisivos. Ya nada nos escandaliza. Hemos banalizado el mal. Y esto nos impide horrorizarnos de él.

La recuperación del sentido del pecado es, por ello, un camino salutífero. Sentir dolor por nuestro pecado, y por el ajeno, es algo sano. Porque solamente cuando algo nos duele buscamos de inmediato el remedio. Y el remedio está allí, al alcance de la mano: reconocernos pecadores y abandonarnos en la misericordia infinita de Dios. Entonces, y solo entonces, estaremos en posibilidad de emprender un camino distinto que nos lleve a la transformación más radical que cabe imaginar del corazón humano».

P. César Corres Cadavieco.

² *Angelus* del 14 de marzo de 1982

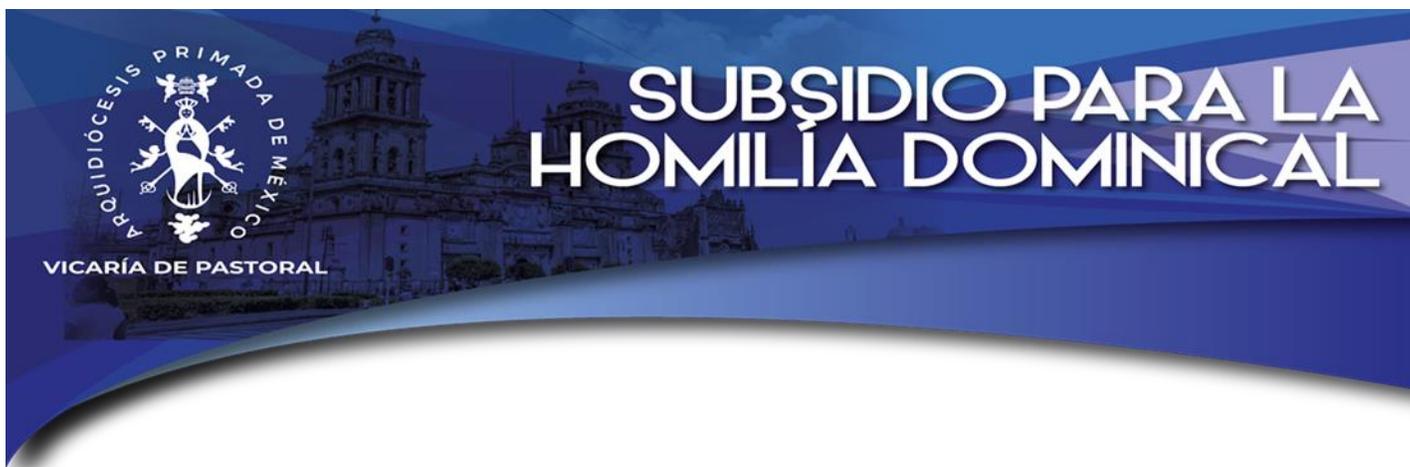




SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- Jesús nos presenta dos actitudes radicalmente distintas ante Dios; la del orgulloso y juzgador fariseo y la del humilde publicano.
 - ✓ ¿Qué actitud sueles asumir cuando hablas con Dios?
 - ✓ ¿Le presentas, con orgullo y vanagloria tus supuestos logros?
 - ✓ ¿Te presentas ante él con humildad, reconociendo tus pecados y el mal que has cometido contra ti o contra tu prójimo para luego implorar su misericordia?
 - ✓ Recuerda, el punto de partida para una sana espiritualidad cristiana es el sano reconocimiento de nuestra insuficiencia y nuestras faltas. Solo así Dios podrá actuar en nuestro interior para transformarnos en auténticos hijos suyos.
 - ✓ Te sugerimos, si no es parte de tus prácticas religiosas, hacer, cada noche, un breve examen de conciencia a partir de dos preguntas:
 1. ¿Qué actos realizados en el día fueron contrarios al Evangelio?
 2. ¿Qué haré mañana para, de algún modo, resarcir el mal cometido?





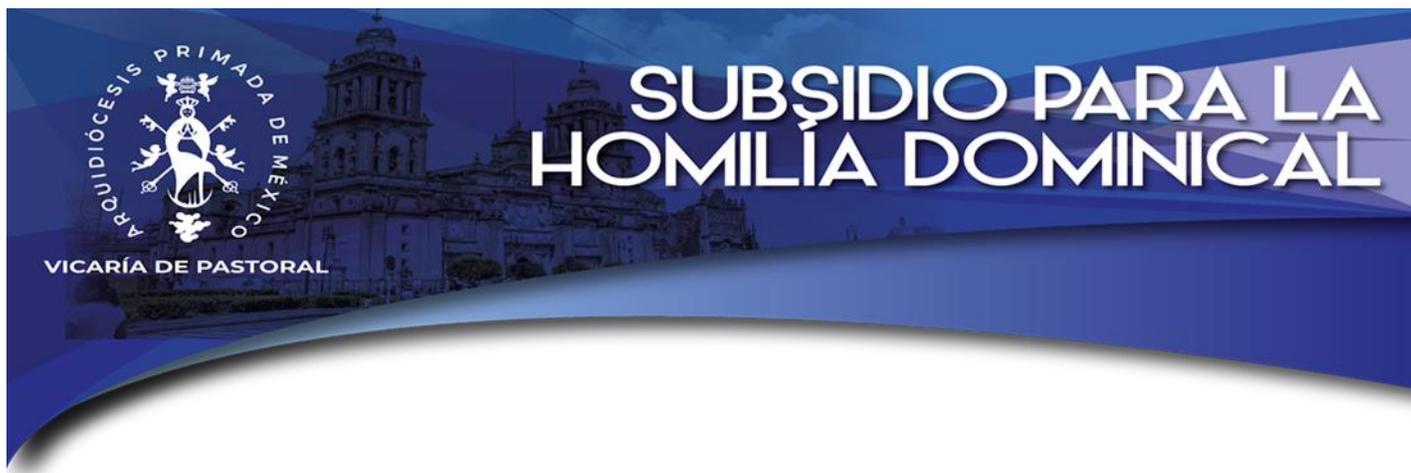
CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto: "Desconcertad el corazón" (Salomé Arricibita).

<https://youtu.be/5GEfvh0Wqm0>





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Escucha la catequesis del papa Francisco sobre la parábola del fariseo y el publicano:

<https://youtu.be/RqhF1ND1xig>





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

MI DIOS ESTÁ CERCA DE MÍ

Como el fariseo, también nosotros podríamos tener la inclinación a recordarle a Dios nuestros méritos, nuestros esfuerzos y lo bueno que hemos sido con muchas personas. En muchas ocasiones el hombre en su oración se busca a sí mismo en lugar de buscar a Dios. Hay una sutil arrogancia en perpetuarle a Dios nuestros logros. Para encontrarnos con Él en el paraíso, la oración debe brotar de un corazón humilde. Nosotros deseamos ante todo dar gracias a Dios, no por nuestros méritos, sino por los dones que nos ha hecho.

Nosotros nos reconocemos pequeños y necesitados de la salvación y de la misericordia de Dios. Reconocemos que todo viene de Él y que sólo con su gracia realiza lo que el Espíritu Santo nos ha dado. Solamente así podemos volver a casa enriquecidos, más justos y más capaces de caminar por las sendas del Señor.

La oración es tanto más poderosa en el corazón de Dios cuanto mayor es la situación y necesidad y aflicción de que en la reza. El grito del pobre y del oprimido encuentra un eco inmediato en Dios, que quiere intervenir para abrir una vía de salida, para restituir un futuro de libertad y de esperanza.

La confianza en el Dios cercano, que libera a sus amigos, es el testimonio de la segunda carta a Timoteo. Este es un mensaje que resuena hoy particularmente que es domingo mundial de las misiones. La misión siempre se hace de la mano del Dios cercano. La misión se hace eficaz no por nuestros méritos sino por el Espíritu Santo que actúa los corazones de los hombres. Sin el Espíritu Santo la misión sería completamente estéril. La frase atribuida a san Francisco de Asís resume indudablemente el espíritu de la misión "Anuncia el Evangelio en todo momento y cuando sea necesario utiliza las palabras".

